

TESTIMONIOS HOSPITALARIOS

A painting depicting a group of nuns in a procession. They are wearing dark, long robes and white veils. Many of the nuns are holding tall, thin candles. The background is a textured, warm-toned wash of colors, possibly representing a church interior or a street scene. The overall style is somewhat impressionistic and religious.

Sor Adolfina de Jesús



“La hermana Adolfina es una santa que, desde el cielo, atiende a todos aquellos que la invocan de corazón, pidiendo su intercesión”

Elisa Pereira Monteiro (1915-1974)

Hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús



- 1. Rasgos biográficos y vocación**
- 2. Llegada a Brasil**
- 3. Experiencia vivida en la Casa Saúde Nossa Senhora do Caminho, São Paulo, Brasil**
- 4. Última enfermedad**
- 5. Veinticuatro años después...**



1. Rasgos biográficos y vocación

La Hermana Adolfina nació el 31 de octubre de 1915, en una familia de agricultores de Ponta do Pargo, pueblo situado en la punta más occidental de la Isla de Madeira (Portugal). Hija de João Pereira y Maria Filomena Monteiro; fue bautizada con el nombre de Elisa, nombre que en la Congregación cambió por el de Adolfina de Jesús. Falleció en São Paulo (Brasil) el 16 de junio de 1974, a los 58 años.

Testimonio de Magdalena Pereira, hermana de sor Adolfina

Siendo muy joven, mi padre se fue a América del Norte y posteriormente viajó a América del Sur. Aquí, en Brasil probó suerte; le dijeron que había una casa, entre dos caminos, con un tesoro. Mi madre le dijo "*el mayor tesoro son nuestras dos hijas*" (en aquel entonces el matrimonio tenía dos hijas, María, la mayor y Elisa). Pero mi padre, decidido a buscar ese tesoro, construyó una casa nueva, a la que se mudó la familia en 1917. En 1918, nació mi hermano João, en 1925 nació yo, Madalena, y años después nació mi hermana Inés.

Mi familia siempre fue bastante religiosa. Mi tía Beatriz, hermana de mi madre, era vicentina y pertenecía a la Hermandad de María. Era soltera, daba catequesis a los niños e iba todos los días a misa.

Mi madre, que era de la Hermandad Franciscana, puso a Elisa a aprender costura, pero cuando iba a la escuela unas veces se entretenía cogiendo flores y otras se iba a la iglesia, donde se quedaba rezando. Un día, mi madre preguntó a la profesora por Elisa y esta le dijo que solía llegar muy tarde, mi madre se dio cuenta del motivo del retraso. Mi hermana desde muy joven decía que quería ser religiosa, sin embargo, mi padre no estaba conforme.

Tras la muerte de mi padre, en 1933, Elisa se fue a la Casa de Salud que las Hermanas Hospitalarias tienen en Câmara Pestana-Quinta da Rocha, en Funchal – Madeira (Portugal) y, de ahí, se marchó a España. Mi madre estaba muy triste y preocupada por la situación de guerra que en esos momentos se vivía en España, pero Elisa se mostraba contenta y feliz cuidando a los enfermos, es lo que siempre había querido. Por otra parte, en este tiempo nuestra familia emigró de Madeira (Portugal) a Brasil, instalándose definitivamente en este país.

Mi hermana Elisa, después de haber vivido más de 25 años en España regresó a la Casa de Salud Câmara Pestana-Quinta da Rocha, en Portugal. El 5 de junio de 1965 viajó a Brasil junto a otras dos hermanas: Margarida Maria Brigas y Maria José Monteiro.

En Brasil las esperaban sor Alice de Jesús, nuestra madre (Dña. Filomena) y nuestra hermana Inés. Como hacía más de 30 años que no la veían, mi madre y mi hermana no la reconocieron.

2. Llegada a Brasil

Relato de sor María Rosa Nunes Pires

La primera comunidad de Hospitalarias en Brasil se estableció en Fonte Sonia Valinhos - São Paulo (Brasil) en 1963. Estábamos seis hermanas.

En la Ciudad de Campinas, al norte de São Paulo (Brasil), había un hogar de niños llamado "LEIMES". Estos niños estaban a cargo de Doña Lucila y de D. Orlando, quienes al conocer la existencia de nuestra Congregación, nos pidieron que nos responsabilizásemos de esta obra. Las Superiores dijeron que sí y nos ocupamos de los niños durante un tiempo. Íbamos por la mañana y volvíamos a casa por la tarde.

Al poco tiempo, las hermanas recién llegadas de Portugal: sor Adolfina de Jesús, sor Margarida Maria Brigas y sor Maria José Monteiro fueron destinadas a esta nueva comunidad, pero la Divina Providencia se encargó de cambiar los caminos.

Recibimos la noticia de la llegada de las hermanas y lo comunicamos a la directora de LEIMES, quien aceptó de buen grado. Nos pusimos manos a la obra e hicimos los preparativos para recibir las. El día anterior a su llegada, D. Orlando y Doña Lucila llamaron a las hermanas a la capilla en la que estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Juntos invocamos al Espíritu Santo, era la vigilia de Pentecostés. D. Orlando, después de la oración, nos dijo que a partir de ese día no volviésemos al trabajo porque ellos iban a hacerse cargo de los niños. Nos conformamos con la voluntad de Dios y volvimos a nuestra casa para dar la noticia. Así terminó la primera iniciativa de la fundación.

En estas circunstancias fue como conocí a la hermana Adolfina, quien al recibir la noticia me dijo *"no te preocupes, que yo tampoco lo hago; la viña del Señor es grande y hay muchas cosas en las que trabajar"*. Aquellas palabras se quedaron grabadas en mi corazón.

Características humanas y espirituales de sor Adolfina

- **ESPÍRITU DE POBREZA:** nuestra hermana se distinguía por su sencillez, su espíritu de pobreza y su pureza. Tenía buen humor, donde ella se encontraba no había tristeza. Intentaba mantener la paz y con su sencillez atraía a todos. No escatimaba esfuerzos para que, dentro de nuestra pobreza, no nos faltara lo necesario.

Tenía un problema cardíaco que le hacía sufrir mucho y le impedía hacer ciertos esfuerzos. Una vez, fue a coger "ñame" y traía un gran saco auestas. La Superiora provincial, que se encontraba presente, la regañó diciendo que no quería que cargase tanto peso, a lo que ella le respondió: *"Madre, no se preocupe, es para sus hijas"*.

- **SENCILLEZ DE VIDA:** Su relación con Jesús era de absoluta confianza y entrega, como la de un niño, y ahí no cabían muchas reglas. Jesús solo miraba su fe, que era mucha.

Su sencillez era palpable. Una de las veces que cambiamos de hábito aprovechó los retales de los anteriores, pidió al Dr. Nelson las radiografías usadas, e hizo unas boinas. También usaba las bolsitas de leche para hacer bolsas y sombreros de playa. Como era muy devota de las almas del purgatorio, quiso vender estos artículos y pidió permiso a la Superiora para que con cada 100.000 cruzeiros, de ganancia, pudiese mandar celebrar una misa por las almas del purgatorio.



Siempre me daba buenos consejos, no podía verme triste ni saber que me faltaba alguna cosa. Ella fue el medio para entablar amistad con D. José y Dña. América, una pareja de portugueses que residían y cultivaban una granja cercana a nuestra casa. Un día, cogió una bolsa y caminó hasta esta granja para pedir unas hojas de col; al llegar dijo que eran para nuestros conejos, pero en realidad eran para las hermanas y las primeras enfermas de la *Casa Saúde Nossa Senhora do Caminho*. Acto que repitió en muchas ocasiones. Para transportar las hojas de col hasta nuestra casa, muchas veces, paraba un autobús y pedía al conductor que le llevara las bolsas. Otras veces, paraba a algún hombre a caballo y le pedía lo mismo. Y así sucesivamente. Nadie tenía el valor de decirle que no. Cuando D. José supo la verdadera finalidad de sus verduras, comenzó a llevarlas él directamente al hospital, lo hizo durante más de 30 años.

La Hermana Adolfina era un alma fuera de lo común. Estando de guardia durante la noche, resolvía los problemas que se presentaban con las enfermas, de la forma que su caridad le inspiraba. Siempre salía airosa.

- ENAMORADA DE JESÚS: La Hermana Adolfina era de una pureza tal que, creo que su voto de castidad fue solamente la confirmación de lo que ella ya vivía. Decía "*Señor, moriría antes que ofenderte*", "*yo solo quiero amar mucho a mi esposo Jesús*".

Testimonio de Inés Pereira, hermana de sor Adolfina

Recuerdo que, cuando vino a Brasil, iba a visitar a mi hermana Adolfina a menudo. Como ella estaba de guardia durante la noche para cuidar de las pacientes, con la intención de aprovechar más tiempo su compañía, me quedaba con ella hasta más allá de la media noche.

Era una persona diferente. Para ella no existía la maldad, todo era bonito, nunca le oí hablar mal de nadie. Siempre estaba todo bien. Yo era completamente diferente de ella, cuando decía alguna tontería, ella me mandaba rezar varios rosarios. Como yo era muy joven, le respondía: "*¿cuántos meses voy a tardar en rezar todo eso? Eres tú la que va a rezar, ya que yo me tengo que ocupar de nuestra madre y de mi hija*".

Durante la noche, las enfermas venían a su lado, la abrazan y decían: "*hermana, no tengo sueño*". Tenía una forma tan tranquila y dulce de hablar con las residentes, que obedecían sus órdenes y enseguida se dormían. No sé que magia hacía, pero se dormían. Recorriamos el pasillo e iba hablando con todas. A cada una le mandaba acostarse y al volver, ya estaba todo en completo silencio. Le preguntaba como hacía para que se durmieran enseguida y me respondía: "*Es Él el que les manda dormir*". "*¿A quién te refieres?*", preguntaba yo. "*A mi Dios*", respondía ella. Era un procedimiento que yo no entendía.

3. Experiencia vivida en la Casa Saúde Nossa Senhora do Caminho, São Paulo

Relato de sor Maria Ludovina

Sor Adolfina siempre se distinguió por una actitud de disponibilidad ante los servicios sencillos, pero hechos con amor, dedicación y alegría. Cuidaba con esmero la capilla, ejerciendo durante muchos años el servicio de sacristana en la Casa.

Le gustaba contar sus debilidades, pues era de conciencia muy delicada y esa era la forma que encontraba de humillarse y pedir perdón.

Su relación con los enfermos y el personal

Se relacionaba bien con todas las personas de la Casa: enfermos, médicos, hermanas de la comunidad... En todos los que pasaron por su vida dejó huellas profundas e inolvidables.

Durante los casi diez años que vivió en Brasil casi siempre trabajó de noche, sirviendo a las enfermas con amor, cariño, dedicación y alegría. Varias pacientes, que a día de hoy siguen internadas, la recuerdan con mucho amor y hablan de su cariñosa forma de tratarlas. *"Yo la llamaba 'hermana sonrisa' porque siempre estaba sonriendo"* comenta una de ellas, Dña. Helga Sheith. A veces había altercados entre las pacientes, pero bastaba su presencia para que todas se calmaran y todo quedase tranquilo. Otra de ellas, Mirian Lucia dice *"Yo era joven, muy revoltosa, rebelde, consumía drogas y me costaba conciliar el sueño. Infinidad de veces apoyaba mi cabeza en su regazo, ella me tranquilizaba y en seguida me mandaba a dormir"*.

Los médicos de guardia, con los que más se relacionaba, le tenían un gran cariño ya que se preocupaba por cada uno de ellos. Cuando llegaban más tarde de lo previsto, no importaba la hora, siempre les guardaba algo de comer. Todos estaban muy preocupados por ella, puesto que padecía un problema cardíaco muy grave. Uno de ellos la llamaba "tía" y, en una época en la que fue internada en el *Hospital das Clínicas*, en varias ocasiones vinieron diferentes médicos preguntando por la "tía" del Dr. Roberto Ananías. Ella, que sabía a qué hora salía él y dónde dejaba su coche aparcado, siempre iba a la ventana a decirle adiós.

Cuando, 24 años después de su fallecimiento, abrimos su tumba para exhumarla y su cuerpo estaba incorrupto, se lo comunicamos a este doctor, quien nos dijo: *"Siempre la consideré una santa, cuento con su protección. Su imagen en la ventana despidiéndose de mí me acompaña"*.

Vanda "Un ángel ha subido al cielo"

La hermana Ludovina prosigue con su relato sobre la hermana Adolfina. Conviví con ella de 1967 a 1974 y entre las muchas virtudes que admiraba en ella destacan: su amor, su generosidad y su vocación en favor de los más necesitados.

No puedo borrar de mi mente sus gestos de amor puro, de entrega sin reservas y generosidad, hacia una paciente con discapacidad física e intelectual que, ante la imposibilidad de caminar, se arrastraba por el suelo. Era de pequeña estatura y tenía un cuerpo tan deformado que, costaba ver en ella a un ser humano. La mayoría de las hermanas nos opusimos a que fuera internada, alegando que el hospital era para mujeres adultas y ella, en ese ambiente, se encontraría totalmente indefensa al estar entre personas con enfermedad mental. Ante nuestra negativa su padre, fuera de sí, nos dijo que si tuviera un arma nos pegaría un tiro a cada una de nosotras.



Después de unos días, el padre, volvió con una carta del director del Instituto de Asistencia Social solicitando el internamiento de la paciente y su permanencia en la Institución hasta su muerte. Se trataba de un problema social, agravado por la pérdida de la madre y la falta de recursos del padre para cuidarla.

Finalmente la recibimos. La dejamos, por un tiempo, separada de las otras pacientes, ya que impresionaba por su aspecto. Pero el corazón puro y bondadoso de la hermana Adolfina, que trascendía todo, no permitió que esa situación se prolongara durante mucho tiempo. Se ocupó personalmente de su "hija predilecta", quien precisaba un tratamiento especial; no de cuidados médicos, sino de una madre que sustituyera a la que había perdido, viendo en ella a una hija querida de Dios, quien siempre está a favor de los más pequeños y rechazados.

A pesar de tener a su cuidado a unas 140 pacientes, a quienes velaba durante la noche, decidió dar una atención especial a esta paciente. Por la mañana, no se iba a descansar sin bañar y dar el desayuno a Vanda, a quien apodó "*mi Paquita*".

Poco a poco, comenzó a sacarla del aislamiento, a vestirla de la mejor forma posible y a sentarla en una silla de ruedas. Conversaba con ella como si entendiera todo, aunque Vanda era incapaz de pronunciar una sola palabra. Como una madre que habla con su hija recién nacida y cree que le sonríe y comprende todo, así era la relación de ella con su "Paquita". Decía que había aprendido a hacer la señal de la cruz, el Padre Nuestro y el Ave María.

Se dice que, cuando el amor es profundo, no necesita palabras para comunicarse. La paciente vivió durante años y todos los días, la hermana Adolfina, repetía los mismos gestos de generosidad. Eran pura esencia de amor, dándose completamente, sin esperar nada a cambio. La expresión de júbilo de Vanda, saltando en su silla de ruedas cuando ella se acercaba, era para sor Adolfina más gratificante que el mayor tesoro de este mundo.

Veía realizarse en ella las palabras de Jesús: "*(...) en cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.*" Mt 25,40.

La paciente falleció durante la noche, asistida por ella. Le proporcionó los últimos cuidados y la cargó en brazos hasta el velatorio; solo después fue a comunicarlo a la comunidad diciendo "*un ángel ha subido al cielo*". A imagen de Cristo, amaba hasta el final y se mantenía fiel a las recomendaciones de nuestra fundadora, la Madre María Josefa. Era, para las enfermas, una verdadera madre.

Un gesto de generosidad que se limitara a una sola persona dejaría de serlo, porque la generosidad es la traducción concreta del amor universal. Hablando con algunas pacientes, de aquella época, acerca de su impresión sobre la hermana Adolfina, todas dicen lo mismo "*han pasado muchos años, pero la imagen que guardo de ella es la de una santa, siempre muy silenciosa y sonriente*".

La hermana Adolfina era una combinación de generosidad, hacía el bien a aquellos de los que recibía el mal o de quien no recibía, ni tan siquiera, un agradecimiento. Ese fue el ejemplo que nos dejaron Jesús y San Benito Menni: "*Amad, no obstante, a vuestros enemigos y haced el bien incluso a quien no se espera ningún tipo de gratificación o agradecimiento, haced el bien sin esperar nada a cambio y vuestra recompensa será grande en el cielo*".

Su relación con las personas del barrio

A todas cautivaba con su estilo sencillo, alegre y acogedor. En el día de su muerte, muchas personas vinieron al velatorio para despedirse de ella. Una vecina, Dña. Carmen, que sabía que le gustaban las camelias, insistió en ir a comprarlas y cubrir su cuerpo con ellas.

En la vida comunitaria, un bálsamo

Siempre estaba atenta a las necesidades de cada una e intentaba ayudar como podía. Cuando percibía que el ambiente estaba un poco tenso, gastaba bromas, se vestía de payaso o contaba historias que nos hacían reír a todas. En los días de mucho calor, si la superiora y la ecónoma salían de compras, ella preparaba un zumo de naranja, lo metía en la nevera y, cuando veía que llegaban corría a ofrecérselo.

Amaba profundamente a la Congregación y rezaba mucho por las vocaciones. Cuando la hermana pequeña de la primera novicia, Josefa Cavalcante, venía a visitarla siempre le hablaba de la vocación y le decía *"yo me voy a morir pronto y mi habitación será para ti"*.

Además de trabajar por la noche, también se encargaba de cuidar de la capilla. Lo hacía con gran esmero. Colocaba siempre un vaso de flores junto al sagrario que, según decía, ofrecía a su "amado". Dña. Carmen, una vecina del barrio, venía a visitarla muchas veces y le traía flores para la capilla. Sabía que le gustaban mucho las camelias y, por eso, la primera flor se la llevaba a la hermana Adolfina, quien se la ponía a su "amado", como solía llamar a Jesús.

Su postura ante la muerte

Nunca tuvo miedo a morir. Siempre bromeaba con la muerte y decía *"no veo la hora de que llegue ese abrazo con el Padre"*. Su vida era una verdadera historia de amor.

Le gustaba mucho la naturaleza. Plantó numerosos árboles y, como siempre bromeaba con la muerte, decía *"no gastéis dinero en el cementerio, podéis enterrarme al fondo de la finca. En el camino, id muy despacio para que pueda decir adiós a cada árbol, a cada planta que sembré... y, como no sé estar sin hacer nada, colocad unas agujas y unas lanas en el ataúd para que haga alguna cosa"*.

Cuando se agravó su problema cardiaco, fue ingresada en el *Hospital Brigadero* en São Paulo. La hermana Margarida solía ir a visitarla y a llevarle la comunión. Durante el breve periodo de tiempo que permaneció ingresada, enseguida cautivó a todos los empleados; bromeaba con ellos y les hacía reír con sus historias. La última vez que la Hermana Margarida la visitó, le pidió que cogiera papel y bolígrafo para anotar que cuando muriera nadie tenía que llorar, sino entonar unos cánticos que ella misma indicó. Entre ellos:

- *Sal de tu tierra y ve donde te mostraré...*
- *Gracias. Porque tú me has amado como sabes amar...*
- *Oh, ángeles, cantad conmigo. Oh, ángeles, alabad sin fin...*

También, le comentó a la hermana Margarida que quería todo de color blanco: ataúd, coche fúnebre, flores...

La Hermana Adolfina era una persona que llamaba la atención de todos los que convivían con ella por su sencillez, su alegría, su disponibilidad, su capacidad de dar y su entrega incondicional al servicio de cuantos necesitaban su ayuda.



4. La última enfermedad de la hermana Adolfina

Relato de sor Margarida Maria Brigas

La Hermana Adolfina sufría una enfermedad cardíaca grave y progresiva. Nunca se quedó en la cama, excepto cuando estaba en el hospital. Fue ingresada por primera vez en el Hospital das Clínicas de São Paulo, un hospital universitario, a petición de los médicos de guardia de la Casa de Saúde Nossa Senhora do Caminho; el Dr. Nelson A. (neurólogo) y el Dr. Roberto Ananías (generalista). Era ella quien cuidaba el piso del médico de guardia y se encargaba de sus comidas. Por eso, estos médicos sentían hacia ella un cariño especial.

La Hermana Adolfina era un "alma de Dios" pura y transparente como el cristal, siempre de buen humor y feliz. Cuando se recuperó un poco le dieron el alta. Siempre bromeaba con la muerte, a la que no temía, y decía llorando de emoción *"¡qué bonito va a ser nuestro encuentro, Él y yo!"*.

Trascurrido un tiempo tuvieron que volver a ingresarla, esta vez en el Hospital Brigadeiro Luis António en una unidad especializada en enfermedades cardíacas, pretendían colocarle un marcapasos. Durante el ingreso, yo le llevaba a diario la comunión en horario de visitas, ya que no estaba permitido que nadie se quedara con ella. Como ella sabía la hora a la que yo llegaría, movilizaba al personal de enfermería para que acondicionaran la habitación ante la "visita de su amado". Esperaba como una niña feliz, después en la acción de gracias, era notoria su conversación con Jesús en silencio.

En el Hospital Brigadeiro Luis António, donde falleció, cuando le preguntaba qué quería que le llevara al día siguiente, su respuesta era invariablemente la misma *"perfume y chocolate"*. Al preguntarle por qué tanto perfume, decía *"estos médicos son tan buenos, y tienen tanto trabajo conmigo, que les doy perfume para que, al final del día, lleguen a ver a sus mujeres o novias oliendo bien"*. Era la delicadeza personificada.

El último día que le llevé la comunión me pidió otra cosa: *"si muero, no quiero que lloréis, sino que cantéis canciones muy alegres. Vestidme con hábito blanco. También quiero que el ataúd y las flores sean blancas"*, pero enseguida se reía y decía: *"El coche también blanco. Aunque todavía no me voy a morir, pero si muero, ¡nuestro encuentro va a ser tan bonito!"* y se quedaba extasiada.

El 16 de junio de 1974, por la mañana temprano, recibimos la noticia de que había fallecido. Su sonrisa era tan encantadora que ni la muerte la destruyó. Sonriendo acudió a los brazos del Padre, que ella tanto amaba y con quien ansiaba encontrarse.

Vine a Brasil con la hermana Adolfina y siempre estuve convencida de que era una hermana enamorada de Dios.

5. Veinticuatro años después...

Relato de sor Marilene

El 12 de noviembre de 1997, en el cementerio Getsemani de la ciudad de São Paulo, Brasil, se abrió la tumba para proceder a exhumar los restos mortales de la hermana Adolfina, fallecida en 1974, y de la hermana María Clara Escada, fallecida en 1977.

Primero retiraron el ataúd de la hermana María Clara Escada, que se encontraba muy deteriorado. Al abrirlo los restos mortales se encontraban completamente en estado de descomposición. Colocaron los huesos en una pequeña urna y los depositaron en la misma tumba.

El ataúd de la hermana Adolfina se encontraba más abajo, en perfecto estado de conservación con su color original. A los dos trabajadores que realizaban el servicio de exhumación les resultó difícil retirar el ataúd, decían que pesaba mucho y decidieron abrirlo en el mismo lugar. Al abrirlo observaron que la hermana Adolfina se encontraba en perfecto estado de conservación, como si se hubiera muerto pocas horas antes. Su rostro tenía una expresión serena, no parecía una momia sino una persona viva. Tenía la cabeza ligeramente inclinada, como era característico en ella. En su mano se podía ver la típica marca que deja la alianza, al retirar después de mucho tiempo.

Sus flores preferidas eran las camelias y por eso, cuando murió, se colocaron camelias blancas en el ataúd. Se encontraban intactas, tan solo un poco amarillentas.

Nos quedamos atónitas al contemplar todas estas cosas y, al unísono, invocamos su protección a favor de las vocaciones brasileñas y de la Viceprovincia.

Volví a casa, del cementerio, feliz y emocionada. Al mismo tiempo, me preguntaba *¿qué cosas nos querría revelar el Señor a través de esta hermana?*. Nuestra alegría era tal que nos pusimos en contacto con personas que convivieron con ella para comunicarles lo que había pasado y todas repetían lo mismo *"siempre he pensado que era una santa"*. Al no ser posible exhumarla, volvieron a cerrar el ataúd. Hoy continúa en el mismo lugar y se podrá abrir, de nuevo, dentro de tres años.

Cuando yo entré en la Congregación, en 1976, se hablaba mucho de esta hermana y se lamentaba su pérdida. Decían que era una persona dotada de muchas virtudes, entre las que destacaba su amor incondicional por Dios y su libertad de espíritu. Su caridad, bondad, generosidad y alegría eran extremas. Algunas hermanas recordaban que siempre estaba de buen humor. Comentaban *"a su lado, nadie se sentía triste"*. Me daba pena no haberla conocido y no haber podido convivir con ella, pero después de haber visto su fotografía y su imagen, 24 años después de su muerte, puedo decir que la conocí físicamente.

Relato de sor Joseane

"Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá." (Mt 7, 7-8).

En julio de 1998, cuando fui a casa de vacaciones, descubrí que mi padre sufría mucho debido a una herida interna que sangraba y le dolía. Temíamos que se tratase de un problema mayor, un tumor, ya que todo apuntaba a esta triste y sombría posibilidad. En mi familia, vivimos momentos de angustia. Mi amado padre lloraba de dolor, yo nunca lo había visto así. Cada mañana, para nosotros era como abrir una cortina inmensa de inseguridad y miedo.

Como a cualquier hombre del interior, no le gustaban mucho los médicos, pero conseguí persuadirlo y lo acompañé a hacerse unas pruebas médicas. Para nuestra felicidad, el resultado de la biopsia fue benigno, no tenía un tumor, pero era urgente cuidar la herida, que no era pequeña.

Ya en casa, me encontré pensando en la Hermana Adolfina, cuya tumba había visitado antes de las vacaciones. De repente, la dolencia de mi padre empeoró, todo parecía perdido y apuntaba a un periodo de tinieblas, pero una luz brilló en mi corazón. Sí, ¡la hermana Adolfina! ella tendría que



interceder en favor de mi padre ante Dios. En aquel instante, sentí que la fe sustituía a mi inseguridad y, el optimismo de ver a mi padre sano de nuevo sustituía al miedo. Me di cuenta de que podía contar con la hermana Adolfina. Ella me atendería y vendría a ayudarnos.

No perdí el tiempo, acudí rápido en su ayuda y pedí su intercesión. Algunos días más tarde, recibí la mejor llamada de mi familia. Apenas podía respirar al escuchar la maravillosa noticia: la herida había cicatrizado más rápido de lo esperado, deteniendo la hemorragia y calmando el dolor que sentía mi padre. La intercesión de la hermana Adolfina llegó tan rápidamente que sorprendió a todos, incluido al médico que había previsto un tiempo largo para la curación definitiva de mi padre.

Así constaté que la hermana Adolfina era una santa que, desde el cielo, atiende a todos aquellos que la invocan de corazón, pidiendo su intercesión.